

Con el paso del tiempo, algunas personas con EM se convertirán en personas dependientes. Habitualmente, es otra persona de edad cercana a la del afectado (la pareja, un hermano...) la que acabará siendo el principal cuidador, especialmente cuando finaliza su vida laboral.

¿Qué ocurre entonces? Que nace “el otro dependiente”. La combinación de enfermedad y edad hace que las necesidades de atención del enfermo sean más y más exigentes. El cuidador va recortando su vida propia para entregarla al enfermo y se convierte en dependiente de él a todos los efectos.

En este punto, ambas partes tiene que hacer algo bien difícil: acomodarse el uno al otro y a la situación. Es importante mantener las relaciones lo más frecuentes posible con amigos y familiares, abriendo así la puerta al mundo exterior.

Es conveniente que enfermo y cuidador se esfuercen por comprender y aceptar los gustos – que no sean extravagantes – del otro, e interesarse por los temas que al otro le interesen o inquieten. Hay que evitar la soledad en compañía y al mismo tiempo buscar un pedazo de vida propia e íntima. De nada vale lamentar lo perdido, todo aquello a lo que ambos han tenido que renunciar. Cada uno tiene que buscar nuevos espacios de vida propia en los que encontrar satisfacciones reconfortantes.

Cuando se deja de añorar lo inalcanzable, se empieza a ver todo lo bello y valioso que hay debajo de la superficie en la que nos movemos. Únicamente entonces, los que mutuamente se dependen podrán alcanzar una vida incluso más plena que la de aquellos a los que han envidiado.

Alberto Sainz García-Blanco  
Patrono de la FEM-Madrid